



LECCIONES DE VIDA ENTRE EL BURRO Y EL TORO

*Un mensaje al alma y al
corazón*

Índice

| | |
|----------|--|
| 8 | Capítulo I |
| 8 | Infancia feliz en Lwów |
| 8 | El cambio inesperado |
| 9 | Primeros pasos en la granja |
| 10 | Aprendiendo de la tierra y la vida |
| 11 | Capítulo II |
| 11 | Un día en el campo |
| 11 | Los primeros pasos con el arado |
| 12 | Aprendiendo de la fuerza y la sensibilidad |
| 13 | Lecciones de la tierra y la vida |
| 14 | La vida en la granja |
| 15 | Ansiedad y espera |
| 15 | El reencuentro con la familia |
| 16 | Lecciones compartidas y amor familiar |
| 20 | Apéndice |
| 20 | Fuentes y enseñanza |
| 20 | Consideración y responsabilidad según las Escrituras |
| 22 | Cuidado y respeto en el trabajo con los animales |

| | | |
|----|-------|---|
| 23 | | Enseñanza universal y aplicación práctica |
| 24 | | Recomendación |

Dirección general: Rabino Aharon David Shlezinger

Narrativa: Daniel Sason

Redacción: Sara Levi

Aportes conceptuales: Ana Dayan

Edición: Gad Sofer

Lecciones de
vida entre el
burro y el toro

Nota sobre este libro

El guion fue escrito por el Rabino Aharón Shlezinger y la narración fue preparada por su equipo.

Capítulo I

Infancia feliz en Lwów

Rebeca tenía doce años y vivía en la ciudad de Lwów. Disfrutaba de una vida llena de alegrías cotidianas. Sus días comenzaban ayudando a su madre a preparar el desayuno, mientras su padre le contaba historias graciosas en la mesa de la cocina. Luego iba a la escuela, donde pasaba las mañanas entre risas con sus amigas y pequeñas aventuras en el barrio. Por la tarde, después de hacer la tarea, podía correr al jardín, cuidar de las plantas y recoger los frutos que crecían bajo el sol. La casa siempre estaba llena de calor y movimiento, y Rebeca se sentía segura y querida. Su infancia parecía tranquila, sencilla y perfecta, envuelta en la rutina que la hacía sentir protegida.

El cambio inesperado

Pero un día, todo cambió de repente. Su padre enfermó gravemente, y la enfermedad requería atención médica constante y un tratamiento muy especializado, disponible solo en otro país. Su madre tuvo que acompañarlo en el viaje, dejando atrás su hogar y, sobre todo, a Rebeca. La joven no podía quedarse sola, así que sus padres tomaron la difícil decisión de enviarla a vivir temporalmente con sus abuelos en la aldea de Krasne, una pequeña comunidad agrícola rodeada de colinas verdes y campos interminables.

Primeros pasos en la granja

Al llegar, Rebeca se encontró con un mundo completamente diferente: caminos de tierra que crujían bajo sus pies, animales por todas partes y el murmullo constante del viento entre los árboles. Al principio, la soledad y la distancia de sus padres la hicieron sentir insegura y triste. Extrañaba su rutina, sus amigas, y sobre todo la presencia de su familia.

Aprendiendo de la tierra y la vida

Sin embargo, poco a poco, Rebeca comenzó a adaptarse a la vida de la granja. Aprendió a cuidar de las gallinas, alimentar a los animales, ordeñar vacas y recoger huevos. Cada tarea le enseñaba paciencia y responsabilidad, y el contacto con la naturaleza le permitió descubrir la belleza de lo simple. Sus abuelos, con cariño y paciencia, le mostraban cómo la vida en Krasne seguía un ritmo propio, marcado por el amanecer, el trabajo en la tierra y el cuidado de los animales.

Aunque extrañaba profundamente a sus padres, Rebeca empezó a sentirse más segura de sí misma. Descubrió que podía enfrentar desafíos, adaptarse a nuevas circunstancias y aprender a cuidar a otros, incluso sin la guía inmediata de sus padres. La granja se convirtió en su refugio, un lugar donde creció de manera inesperada, desarrollando fuerza, resiliencia y un amor profundo por la vida sencilla y auténtica.

Capítulo II

Un día en el campo

Una mañana soleada, el abuelo llevó a Rebeca al campo. El rocío todavía brillaba sobre la hierba y el aire olía a tierra fresca y paja. Rebeca veía con asombro los surcos perfectos que su abuelo había preparado, listos para ser arados, y los animales que se acercaban: toros robustos, burros de orejas largas y suaves, todos impacientes por comenzar su trabajo.

—Hoy te voy a enseñar cómo se ara —dijo el abuelo con una sonrisa—. Ven, mira cómo se hace.

Los primeros pasos con el arado

Caminando entre los caminos de tierra húmeda, Rebeca sentía el perfume de la tierra mojada y el crujido de la hierba bajo sus botas. La granja se extendía ante ella como

un mar de verde: los surcos de la tierra recién arada brillaban bajo el rocío, y los animales comenzaban a despertarse. Gallinas que cacareaban buscando el primer grano del día, un perro viejo que movía la cola mientras los toros y burros levantaban la cabeza curiosos.

El abuelo señaló el arado y le enseñó cómo guiarlo. Rebeca tocó la madera áspera y fría, y juntos comenzaron a caminar por el primer surco. La tierra cedía bajo la cuchilla, levantando un aroma profundo y húmedo que la llenaba de emoción.

Aprendiendo de la fuerza y la sensibilidad

El abuelo le explicó por qué no podía poner al toro y al burro juntos: sus ritmos, fuerzas y formas de comer eran diferentes. Rebeca comprendió que obligarlos a trabajar juntos sería dañino. Observó cómo el toro avanzaba firme, mientras el burro más pequeño parecía inseguro.

—Cada uno tiene su lugar, su manera de trabajar y su manera de comer —dijo el abuelo—. Respetar eso evita sufrimiento y asegura que ambos puedan cumplir su tarea.

Rebeca comprendió que la paciencia, la delicadeza y el respeto por las diferencias eran tan importantes como la fuerza.

Lecciones de la tierra y la vida

Luego el abuelo le permitió tomar las riendas del arado. Rebeca sintió el peso del animal y el tirón del arado sobre la tierra, mientras cada surco le enseñaba paciencia, cuidado y respeto.

—Cada surco que haces no es solo para sembrar —le dijo el abuelo—. Es para aprender a entender a los animales y a las personas. Cada uno tiene su ritmo, su fuerza y sus límites.

Al final del día, Rebeca comprendió que estaba aprendiendo algo más que arar: aprendía a observar, escuchar y cuidar, y guardó en su corazón una lección que nunca olvidaría.

La vida en la granja

Rebeca pasó casi dos meses en la granja de sus abuelos, en la aldea de Krasne. Cada día seguía un ritmo nuevo: madrugar con el canto de los gallos, alimentar a las vacas y los burros, recoger los huevos y ayudar a su abuela con la cocina y las tareas de la casa. Aprendió a reconocer los distintos aromas de la tierra, a escuchar el lenguaje de los animales y a valorar la paciencia que cada labor requería.

Pero, aunque sus días estaban llenos de ocupaciones y descubrimientos, su corazón estaba lejos, en Lwów, con sus padres. Cada noche, al acostarse, Rebeca miraba la ventana y se preguntaba cómo estaría su padre, si el tratamiento estaría funcionando, si su madre descansaba o si la extrañaban. Recordaba con nostalgia las risas compartidas en la cocina, los paseos por el parque, los cuentos que su padre contaba mientras ella ayudaba a preparar el desayuno. Todo eso la acompañaba como un hilo invisible que la mantenía unida a su familia.

Ansiedad y espera

A veces, la ansiedad se mezclaba con la rutina diaria: al escuchar el rumor de un carro que se acercaba, o al ver un sobre en la puerta, su corazón daba un salto. Cada noticia imaginaria sobre su padre se convertía en un pequeño alivio o una sombra de preocupación. Sin embargo, los animales, los campos y la compañía de sus abuelos le ofrecían consuelo y enseñanzas. Aprendió a ser paciente, a cuidar de otros y a enfrentar desafíos con valentía, aunque extrañara profundamente a su familia.

El reencuentro con la familia

Finalmente, llegó el día que Rebeca había esperado con tanta ansiedad. Un mensaje llegó desde Lwów: su padre había recibido el tratamiento, estaba mejor y se encontraba en condiciones de regresar a casa. La alegría la desbordó.

El viaje de regreso fue rápido pero lleno de emoción. Rebeca miraba por la ventana del tren, recordando los

surcos de la tierra, los animales y los momentos aprendidos en la granja, y se preguntaba cómo sería volver a ver a su familia después de tanto tiempo.

Cuando llegaron a casa, la puerta se abrió y su madre corrió a abrazarla. Su padre, con la mirada cálida y una sonrisa, la recibió con un abrazo fuerte que la hizo sentir segura y protegida de nuevo. Todos se miraron, sonrientes, con lágrimas de felicidad contenidas. La casa volvió a llenarse de risas, charlas y el calor de los recuerdos compartidos.

Lecciones compartidas y amor familiar

Rebeca no podía esperar para contarles todo lo que había aprendido en la casa de sus abuelos: cómo cuidar de los animales, cómo trabajar la tierra, cómo respetar las diferencias y la importancia de la paciencia y la responsabilidad. Sus padres escuchaban atentos, sonriendo y asintiendo, orgullosos de la madurez que Rebeca había ganado en su ausencia.

Esa noche, mientras la familia cenaba junta y la luz del hogar iluminaba sus rostros, Rebeca comprendió que, aunque los cambios a veces traen momentos de miedo y distancia, también pueden enseñar lecciones valiosas y fortalecer el amor que une a quienes se cuidan mutuamente.

El calor de la casa se sentía distinto: había risas compartidas, palabras entrecortadas por la emoción y abrazos que parecían no tener fin. Cada gesto, cada sonrisa, cada mirada cargada de cariño, hacía que el tiempo de separación se desvaneciera como la niebla de la mañana. Rebeca se sentía completa otra vez, segura entre los brazos de sus padres, feliz de poder contarles todo lo aprendido y vivido durante esos dos meses en Krasne.

—Mamá, papá, ¡ustedes no se imaginan todo lo que hice en la granja! —exclamó, con los ojos brillantes.

—Cuéntanos, hija —dijo su madre, con la voz suave y llena de ternura.

—Sí, queremos saberlo todo —agregó su padre, sonriendo mientras acariciaba su cabello.

Y Rebeca comenzó a relatar cómo cuidaba de los animales, cómo aprendió a arar con el abuelo, cómo cada surco en la tierra le enseñaba paciencia, y cómo incluso los pequeños fracasos la hacían más fuerte. Habló de los toros, de los burros y de la forma delicada en que había aprendido a entenderlos; de los huevos que recogía y las plantas que cuidaba; y también de lo que sentía cada vez que esperaba noticias de ellos, sus padres, y cómo esa espera le había enseñado a tener esperanza y valentía.

Los padres escuchaban con atención, riendo en los momentos divertidos y asintiendo en los más serios, sorprendidos de la madurez que Rebeca había adquirido. Todo lo que había aprendido en la granja se transformó en historias que unían a la familia de nuevo, llenando la casa de vida, de confianza y de amor compartido.

Y mientras la noche avanzaba, Rebeca se recostó cerca de sus padres, sintiendo la seguridad de estar en casa. Todo lo demás —las lecciones, las experiencias, los retos, la paciencia, la fuerza y la ternura que había acumulado— parecía materializarse en un sentimiento cálido que la

envolvía: la certeza de que la familia podía superar cualquier dificultad si estaban juntos.

La granja de Krasne quedaba en su memoria como un lugar especial, lleno de aprendizajes y momentos tranquilos, pero ahora también como un recuerdo dulce que había reforzado su amor por los suyos. Esa noche, en esa casa iluminada y llena de vida, Rebeca comprendió que no había nada más valioso que la risa compartida, los abrazos sinceros y el simple hecho de estar todos juntos, completos y felices de nuevo.

Apéndice

Fuentes y enseñanza

Al concluir la historia de Rebeca, es valioso mirar hacia las enseñanzas que se vinculan con su experiencia en la granja. Lo que la joven vivió entre los animales, las tareas de la tierra y la paciencia requerida en cada labor no solo refleja su crecimiento personal, sino también antiguos principios que nos guían en la vida diaria y en la relación con los demás seres que nos rodean.

Consideración y responsabilidad según las Escrituras

En las Escrituras se nos recuerda la importancia de la consideración y la responsabilidad: «Guarda el día de Shabat, para santificarlo, tal como te ordenó El Eterno, tu Dios. Seis días trabajarás y harás toda tu labor. Y el séptimo día es Reposo para El Eterno, tu Dios; no harás ninguna labor, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, y tu

toro y tu burro y todo tu animal, y tu prosélito que estuviere en tus portales, para que repose tu siervo y tu sierva como tú. Y recordarás que fuiste siervo en la tierra de Egipto y El Eterno, tu Dios, te sacó de allí con mano fuerte y con brazo extendido; por eso El Eterno, tu Dios, te ordenó hacer el día de Reposo» (Deuteronomio 5:12–15).

Se observa que los animales pueden formar parte de la vida diaria del ser humano, y que su bienestar debe ser considerado. Por eso, más adelante se instruye que si vemos un burro o un toro caídos en el camino, debemos ayudarlos a ponerse de pie, sin ignorarlos: «No verás el burro de tu hermano, o su toro, caídos en el camino y los ignorarás; ciertamente los pondrás en pie con él» (Deuteronomio 22:4).

La consideración se extiende incluso a los animales de quienes nos resultan adversarios. Si encontramos al burro de nuestro enemigo cargado en exceso, doblado bajo el peso, debemos dejar de lado cualquier sentimiento hacia su dueño y ayudar a aliviar la carga: «Si ves el burro de tu enemigo doblado por su carga, ¿acaso te negarás a ayudarlo? Ciertamente te ayudarás –descargando– con

él» (Éxodo 23:5). Así se nos enseña que la compasión y la acción correcta deben prevalecer sobre la animosidad.

Cuidado y respeto en el trabajo con los animales

El cuidado y la atención también se reflejan en la manera de trabajar con los animales: «No ararás con un toro y un burro juntos» (Deuteronomio 22:10). El motivo es claro y profundo: Porque el toro es rumiante y el burro no, este último sufrirá al escuchar al toro masticar (Daat Zekenim MiBaalei Hatosafot). Es decir, si ambos recibieron alimento y luego siguieron trabajando juntos en el campo, atados al arado, el toro regurgita y rumia –mastica– su comida, entonces el burro se pregunta: “¿Por qué a mí me dieron de comer una sola vez y a él dos veces?” Por ello, el burro sufre.

Además, el toro tiene más fuerza y tira con violencia, y el burro sufre porque no puede seguirle el ritmo. Al ver al toro avanzar mientras él se detiene, el burro se frustra porque quiere avanzar.

Enseñanza universal y aplicación práctica

Estas instrucciones, aunque dirigidas a la vida en el campo, nos ofrecen una enseñanza universal: cada ser tiene su naturaleza y sus límites, y debemos actuar con respeto, paciencia y consideración. Rebeca, al aprender a cuidar de los animales y adaptarse a la granja de sus abuelos, vivió de manera práctica estos principios. Aprendió que la fuerza no siempre determina el camino correcto; que la paciencia, la empatía y la responsabilidad son esenciales para convivir en armonía con los demás.

Así, la historia de Rebeca no es solo un relato de crecimiento y aventura, sino también un recordatorio de cómo los antiguos textos y sus enseñanzas pueden aplicarse en la vida cotidiana, mostrando que la bondad, la prudencia y la atención a las necesidades de otros, incluso las más pequeñas, forman la base de una vida plena y equilibrada.

Recomendación

Puedes conseguir [La guía de la Consideración](#) haciendo clic [aquí](#) o escaneando el código QR

